

# Presente continuo

Daniela Bojórquez

*La vista nos precede siempre*  
Francisco Segovia



Los grabados de esta sección, salvo donde se advierte, pertenecen a *El Mundo Ilustrado*, México, 1900, y a *Historic Design Printing*, Henry Lewis Johnson, 1923

ES LA PRIMERA VEZ QUE ENTRO SOLA A UN MUSEO a ver una exposición de arte multimedia. Tengo diecinueve años. Una sala oscura es iluminada por la luz de un cuadro rosa neón intenso desde la pared del fondo. Me acerco al cuadro brillante. No existe. Lo que aparenta ser un cuadro es otro cuarto, al que me asomo: es un espacio blanco, iluminado con luces neón rosa. Estoy con la cabeza metida en el cuarto blanco metido en un cuarto negro en la sala de un museo. Esta sensación, paradoja de libertad y encierro, me acompaña desde entonces, cada vez que apilo cajas, entro a clósets o limpio las ventanas: la consecuencia de una primera mirada que se convierte en filtro para las subsecuentes.

En micro-orden cronológico, ocurre primero la vista y después el trabajo del pensamiento que la interpreta. La mirada *sabe* algo, antes que el pensamiento generado por la mirada misma. Es esa primera vez absoluta la que queda inscrita en un tiempo microscópico, que no por eso deja de ser tiempo y ocurre, concurre. Se activa de nuevo en el recuerdo. Revivo entonces la primera vez que me encontré con un par de objetos colocados juntos con intención de arte objeto: un negativo 35 milímetros atraviesa los huecos de un par de anteojos sin cristal. La pieza se llama *Cine* y en ella ocurre algo al mismo tiempo que es descrito, un *continuum* presente, similar al negativo de acetato que corre en círculo a través de

los anteojos. *Cine* replica a una mirada que deja entrar a lo que mira. Se parece al ocurrir del instante captado en el instante mismo de ocurrir, la puesta en abismo de un autorretrato donde aparece la cámara de quien se retrata apretando el botón que lo fotografía. Una imagen que *está siendo*, un continuo presente que sucede aunque parezca separarse del tiempo.

Otro autoparecido que es-siendo: el metatexto. La escritura que versa sobre sí misma, se abisma. Por ejemplo, esta es la primera vez que escribo esto. Estrictamente: “esta es la primera vez que escribo esto”. Sólo en una ocasión se hiende la superficie por primera vez; cuando es suceso físico, cuando con lupa podría notarse al chorro de tinta siendo absorbido por un campo de papel blanco (otra huella diferente sucede en la superficie digital, donde más bien queda un signo sin marca). La primera vez de la escritura de un signo es la única que otorga este goce físico barthesiano, una *fisicidad* de la mano que hunde con tinta al papel y pone “escribo” mientras escribe. Ya formará esa primera vez parte de una serie sin final, un texto que vuelva a suceder en la mirada cuantas veces sea leído. Me quedo con el devenir-gerundio, con el blandir la pluma diciéndolo.

Esto de escribir se parece al tiempo, a su mejor trampa: la de hacer sentir como que todo es este instante. Así que esta es, creo, la primera vez que escribo esto, pese a la advertencia de no hacerlo: en cierta ocasión recibí, vía reseña, este consejo: “Atención autora, no se convierta en uno de esos escritores empalagados por el escribo que escribo. Sólo los Elizondo pueden sortear tales laberintos”. Agradecí la segunda persona que me hablaba “de usted”, pensé en —u ocurrió de nuevo— el *Presente de infinitivo*, tiempo verbal sin persona aunque continuo. No supe si ahora cruzaba algún laberinto o más bien era que el ritmo de mis propias reflexiones estaba por convertirse en este texto que ocurre mientras se escribe, se teje en el presente, gerundio (*continuous present*) donde queda suspendida una frase o una mirada de vez primera, que de tanto que hiende se convierte en todas las veces. ■■

